

sana, sonriendo con una suave ironía;—¡pero eso es cómico!...

No quiso que Renato formulase la acusación que ella adivinaba en aquel momento. Su dignidad de amante no debía rebajarle á semejante discusión.

—Te han dicho, sin duda, que Desforges habia sido mi amante, que lo era todavía... Eso ni siquiera es infame, lo que es, es bufo... Pobre viejo amigo mío, él que me ha conocido como una muñeca... Siempre estaba en casa de mi padre. Me ha visto crecer. Me quiere como á una hija. ¡Y es de ese hombre de quien estás celoso!... No, Renato, júrame que no lo has creído... ¿Merezco yo que me juzgues así?...

## XVII

## EVIDENCIAS

En la extraña enfermedad moral de los celos hay períodos deliciosos: los intervalos de los accesos. Por algunos días, ó solamente por algunas horas, las sensaciones del amor vuelven á adquirir su sabor divino, como las de la vida en una convalecencia. Susana habia convencido tan bien á Renato de la locura de sus sospechas, que él queria rivalizar con ella en generosidad. Rehusó, pues, aprovechar el permiso que con tanta insistencia habia solicitado para ir á la calle de Murillo. Dos ó tres frases pronunciadas con cierta intención, la mirada y determinado movimiento de cabeza, prevalecerán siempre contra las mayores desconfianzas de un amante apasionado, á menos que no haya visto con sus propios ojos una prueba de traición, y todavía...

Para él, los elementos de que se componia



esta primera sospecha ¡eran tan frágiles! Así es que el joven dijo á su querida, encantada con este inesperado resultado, con absoluta buena fe:

—No, no iré á tu casa... Estaba loco al pretender cambiar nada en nuestro amor... Somos tan dichosos en medio de este misterio...

—Sí, hasta que un mal intencionado te haga de nuevo dudar de mí —respondió ella.— Prométeme al menos decírmelo todo.

—Te lo juro, amor mío —replicó él;— pero ahora te conozco y estoy seguro de mí.

Conforme lo decía, lo creía. Susana le creyó también, abandonándose al encanto de recobrar la dicha, y comprendiendo que tendría que librar una nueva batalla al regreso de Claudio. Pero ¿podía éste decir más de lo que había dicho? Por otra parte, sabría por Renato su vuelta, y si la primera entrevista de los dos hombres no daba por resultado una definitiva ruptura entre ellos, sería aún tiempo de obrar. Pondría á su amante en la alternativa de, ó romper con Claudio, ó dejar de verla. De antemano sabía la contestación. El poeta, á pesar de sus protestas, era menos dueño de sí de lo que él creía, puesto que sintió una singular emoción cuando una semana después de la escena con Susana, al volver de

la Biblioteca, le dijo su hermana de improviso:

—Claudio Larcher ha vuelto...

—¿Se ha atrevido á presentarse aquí?— exclamó Renato.

—Yo le he recibido—dijo Emilia visiblemente turbada, añadiendo:—Me ha preguntado cuándo podría verte.

—Era preciso haberle contestado que nunca—interrumpió el joven.

—¡Renato!—dijo Emilia,—á un amigo tan antiguo, que ha sido tan bueno para ti, tan generoso... ¿podía yo?... Prefiero no ocultarte nada —continuó;— le he preguntado qué había ocurrido entre vosotros... Me ha parecido tan dolorosamente sorprendido... No, ese hombre no te ha ofendido en nada, Renato, lo juraría. Hay una mala inteligencia... Le he dicho que venga mañana temprano y te encontrará de seguro.

—Pero ¿por qué te mezclas tú en mis asuntos?—replicó Renato con acritud.

—¡Cómo me hablas!—dijo Emilia, á quien llenaba de aflicción el tono de su hermano.

—Vamos, no llores—le dijo él, avergonzado de su brusquedad;— acaso sea mejor así. Veré á Claudio. Tengo con él esa deuda. Pero después no quiero volver á oír pronunciar su nombre. ¿Oyes? nunca, nunca...

Á pesar de esta aparente firmeza de odio,



el poeta consiguió difícilmente dormir aquella noche que precedió á la entrevista con Claudio.

No dudaba del resultado. Pero hubiera querido impregnarse bien en sus resentimientos hacia su antiguo amigo, y sin embargo, no conseguía odiarle. Había amado tan sinceramente á aquel hombre tan singular, tan atractivo, tan bueno, con un espíritu original por sus mismos defectos, que á nadie perjudicaban más que á él, y sobre todo, por una especie de generosidad nativa é indestructible.

En el momento de romper para siempre, Renato recordaba la delicada manera que había tenido el autor ya conocido para acoger sus primeros ensayos... Claudio, entonces muy pobre, era repetidor en el colegio de San Andrés cuando Renato era alumno. En aquella honrada y piadosa casa, una leyenda iba unida á aquel excéntrico profesor. Algunos discípulos aseguraban haberle visto paseando en un carruaje descubierto con una mujer muy bonita, vestida de color rosa. Después Claudio desapareció del colegio. Renato le volvió á encontrar como testigo de Fresneau cuando el casamiento de Emilia, y ya con alguna celebridad. Hablaron; Claudio quiso conocer sus versos. El escritor de treinta años

leyó con la indulgencia de un hermano mayor aquellos primeros ensayos. ¡Con qué llaneza había tratado á su joven colega! ¡Con qué delicadeza de juicio había aplicado á sus bocetos los procedimientos de la gran crítica, la que alienta á un artista, indicándole sus defectos sin rebajarlo! Luego vino la historia del *Sigisbeo*, en el cual Claudio se interesó por Renato como si él no hubiera sido autor dramático.

El poeta conocía sobradamente la vida literaria para saber que la protección benévola de una generación á la siguiente es cosa rara. Su rápido éxito le había hecho experimentar esta sensación, la más amarga acaso en los años de aprendizaje; la envidia de los maestros á quienes se admira, en cuya escuela se ha formado uno, y á quienes se ofrecería de tan buena gana una rama de laurel. En Claudio Larcher el goce por el talento de los demás era tan instintivo, tan vivo, como si no llevase ya quince años escribiendo. Y esta amistad preciosa, única, se iba á oscurecer!... Pero ¿tenía Renato la culpa? ¿Por qué Larcher había hablado á la terrible Colette como lo había hecho? ¿Por qué había engañado á su amigo, á su hermano menor? ¿Por qué?... Esta dolorosa pregunta traía á Renato ideas de las que se separaba instintivamente. La célebre



frase «calumnia, calumnia, que algo queda», de Basilio, traduce una de las más tristes y más indiscutibles verdades del corazón humano. Renato, ciertamente, no se hubiera perdonado dudar de Susana después de las explicaciones de ella. Pero toda sospecha, aunque se disipe, deja en el alma un residuo envenenado de desconfianza, y si el joven se hubiera atrevido á mirar hasta el fondo de su sér, hubiera encontrado la prueba en la curiosidad insana que sentía de saber por el mismo Claudio la falsa acusación lanzada contra su querida. Aquella curiosidad, las reminiscencias de una amistad tan antigua y la especie de respeto que siempre le había inspirado Claudio, contribuían á disminuir la cólera del amante ofendido. Se esforzaba por sentirla de nuevo, como cuando salió aquella noche del palco de Colette en la Ópera, y no lo conseguía. Como todos los que se reconocen débiles, quiso provocar algo irreparable entre él y Claudio. Cuando éste por la mañana entró anunciado por Francisca, y se acercó tendiéndole las manos con un «buenos días, Renato», el poeta escondió las suyas en los bolsillos. Permanecieron un momento en pié frente á frente, y muy pálidos. La fisonomía de Larcher, fatigada por el viaje, revelaba los estragos que deja una idea fija. Al

comprender el insulto, sus ojos se inflamaron. Renato le había visto algunas veces arrebatado hasta la locura, y creyó por un momento que aquella mano que él no había querido estrechar, se levantaría para darle una bofetada. La voluntad venció al orgullo ofendido, y Claudio repuso con furor concentrado:

—Vincy, no me provoque V.... Pero no, es V. un niño; soy yo quien debe tener juicio por los dos... ¡Vamos! ¡Vamos!... Escuche usted, Renato, lo sé todo, ¿comprende usted? todo, sí, todo. Vine ayer. Su hermana me dijo que estaba V. enfadado conmigo, y otras muchas cosas que han empezado á hacerme comprender... Su silencio me ha herido en el corazón. Le había creído á V. el amante de Colette. ¡La imbécil! Felizmente no ha adivinado que era por donde podía herirme. Al salir de casa, corrí á la suya; la encontré sola, me enteré de la infamia que había cometido, y de lo que había dicho en el cuarto. La pícara triunfaba. Entonces tomé el mejor partido...—continuó diciendo Claudio paseándose por la habitación, absorto en el recuerdo de la escena que refería, y como olvidándose de su interlocutor.—La pegué, la pegué... como un patán. ¡Cuánto bien me hizo! La había arrojado al suelo y la golpeaba sin piedad. Ella gritaba: «¡Perdón! ¡Perdón!» ¡Ah! ¡La



hubiera matado! ¡Y qué hermosa estaba con el cabello suelto, su traje desgarrado dejando ver su pecho! Se arrojó á mis pies en seguida, pero yo no quise atenderla y me marché... ¡Podrá mostrar á su amante de esta noche los cardenales de su cuerpo, y contar quién se los ha hecho!... ¡Algunas veces cuánto consuela ser unc un bábaro!...

Y deteniéndose bruscamente en frente de Renato, le dijo:

—¡Y todo esto porque se había atrevido á mortificar á V.!... Si ó no—insistió con la misma cólera;—¿es por lo que esa joven ha dicho por lo que está V. resentido conmigo?

—Sí, por éso—respondió Renato con frialdad.

—Muy bien—repuso Claudio sentándose;—ahora podemos hablar. Basta de malas inteligencias entre nosotros. ¿Verdad? Me dejaré V. poner los puntos sobre las íes. Si no he comprendido mal, esa miserable de Colette ha dicho dos cosas. Procedamos con orden: la primera, que yo le había dicho que era V. el amante de la de Moraines... dispense V.—añadió al ver un movimiento en Renato.—Cuando se trata de nuestra amistad, no me importan las conveniencias del mundo que prohíben nombrar á una mujer... Primera infamia, Colette ha mentido. Me acuerdo exactamente,

como si fuese ayer, de las palabras que la dije: «Me parece que ese pobre Renato se enamora de la de Moraines...» Yo no había conocido la emoción de V. cuando me habló de ella. Pero Colette le vió á V. cenando á su lado muy solícito, bromeamos como se bromea sobre estas hipótesis, sin darles otra importancia, por mi parte al menos... Era lo mismo Usted era mi amigo, el sentimiento podía ser serio, lo era. Fui injusto, pido perdón francamente á pesar de la afrenta que me ha lanzado V. por el dicho de la última de las mujeres, y siendo yo el mejor y más antiguo amigo.

—¡Pero, desgraciado!—exclamó Renato.—Puesto que sabía V. que era una cortesana, ¿por qué me ha vendido á ella? Y todavía, si no hubiese V. hablado más que de mí, perdonaría...

—Pasemos á ese segundo punto - interrumpió Claudio con la misma voz metódica y resuelta;—es decir, á la segunda mentira. Ha dicho que yo la había contado las relaciones de la de Moraines con Desforges. Es falso. Las sabía hace mucho tiempo por todos los Salvaneys con quienes ha comido, cenado, coqueteado, etc.... No, Renato; si algo tengo que reprocharme, no es haber hablado con ella de la de Moraines; no la he dicho nada que no



supiera ella mejor que yo... sino no haber hablado á V. con entera franqueza, cuando fué V. á mi casa. Sabiendo como sabía sus livianidades, no la he denunciado cuando aún era tiempo... Sí, yo debía haber hablado, y haberle advertido: Hacer la corte á esa mujer, seducirla, poseerla, pero no la ame V... Y me callé. Mi única disculpa consiste en que yo no la creía tan desinteresada para meterse en la vida de V. como lo ha hecho... Yo pensaba: «Él no tiene dinero, no hay peligro...»

—¿De modo—dijo Renato pudiendo apenas contenerse desde que Claudio hablaba de Susana en aquellos términos—que cree V. las infamias que Colette me ha comunicado respecto de la señora de Moraines y el barón Desforges?...

—¿Que si las creo?—respondió Larcher admirado.—¿Soy yo capaz de inventar historia semejante de una mujer?

—Cuando se ha hecho la corte á esa mujer—dijo el poeta pronunciando estas palabras lentamente y con el mayor desprecio—y ella le ha rechazado á uno, lo menos que se debe hacer, sin embargo, es respetarla...

—¡Yo—exclamó Claudio,—yo! ¡Yo he hecho la corte á la de Moraines!... Comprendo; lo ha dicho ella...

Y comenzó á reir nerviosamente.

—Cuando en nuestras comedias contamos rasgos semejantes se nos acusa de calumniarlas... ¡Calumniarlas! ¡Como si fuera posible! Todas son iguales. ¡Y V. la creyó!... ¿Ha creído V. de mi que hubiese cometido la villanía de deshonorar á una mujer honrada por vengar el amor propio ofendido? Vamos, Renato, míreme de frente. ¿Tengo yo cara de hipócrita? ¿Ha conocido que lo sea alguna vez? ¿He dado pruebas de que quería á usted? Pues bien, le doy mi palabra de honor de que Susana ha engañado á V. como Colette. Ha querido enemistarnos como ella. ¡Ah! ¡Las malvadas! Yo estaba allí muriéndome de dolor, y ni una palabra de piedad; porque entre un par de besos, esa locuela, peor que otras, me había acusado de una indecencia. Sí, peor que otras, porque las otras se venden por tener que comer, y ella ¿por qué? Por un poco de ese miserable lujo de los advenedizos de hoy.

—Cállese V., Claudio, cállese—dijo Renato con terrible voz.—Me está V. matando.

Se había desencadenado en él una tempestad de sentimientos, repentina, furiosa, indomable. No dudaba que su amigo fuese sincero, y esta sinceridad, unida al acento de convicción con que Claudio había hablado de Desforges, imponía al desgraciado amante la



idea de la falsedad de Susana de un modo tan doloroso, que no pudo soportarla. No siendo dueño de sí, se lanzó sobre su interlocutor, y cogiéndole por las solapas y sacudiéndole tan fuertemente que le desgarró la levita, le dijo:

—Cuando se viene á afirmar semejantes cosas á un hombre respecto de la mujer que ama, se le dan pruebas. ¿Entiende V.? Pruebas, pruebas...

—Está V. loco —replicó Claudio desasiéndose;— pruebas; todo París las dará; ¡mi pobre niño! No una sola persona, sino diez, veinte, treinta, contarán que hace siete años los Moraines estaban arruinados. ¿Quién ha colocado á Moraines en una Compañía de seguros? Desforges. Es el administrador de esa Compañía, como lo es del Norte, diputado, antiguo consejero de Estado, ¿qué sé yo? Es un personaje enorme el tal Desforges, sin que lo parezca, y que puede satisfacer muchos otros gastos. ¿A quién encuentra V. cuando va á la calle de Murillo? A Desforges... ¿Y cuando ve V. á la de Moraines en el teatro? A Desforges... ¿Cree V. que ese mozo es hombre capaz de jugar el amor platónico con esa mujer tan linda, y casada con el imbécil de su marido? Esas tonterías son buenas para usted ó para mí. ¡Pero un Desforges! ¡Ah! ¿Dónde

tiene V. los ojos y los oídos cuando está en su casa?

—No he estado más que tres veces —dijo Renato.

—¿Tres veces? —repitió Claudio mirando á su amigo.

Las sentimentales confidencias que Emilia le hizo la víspera no le dejaron duda de las relaciones de Susana con Renato. Aquella imprudente exclamación le dejó entrever el carácter singular que habían debido revestir.

—No pregunto nada —continuó;— hemos convenido en que el honor nos manda guardar silencio sobre esas mujeres, como si el verdadero honor no consistiera en denunciar su infamia al mundo entero. ¡Se evitarían tantas víctimas!... ¿Pruebas? ¿Quiere V. pruebas? Búsquelas en V. mismo. No conozco más que dos medios para saber los secretos de una mujer: ó abrir sus cartas ó hacerla seguir. Esté V. tranquilo, la de Moraines no escribe nunca... Hágala espiar...

—Pero lo que me aconseja V. es innoble —exclamó el poeta.

—No hay nada noble ni innoble en amor —replicó Larcher.— Yo que lo aconsejo lo he hecho muchas veces. Sí, he puesto á mis agentes sobre los pasos de Colette... Un com-